

Tercera semana de Pascua

Todo empezó con un encuentro: Juan, el discípulo amado

#encuentro #sepulcro #resurrección #Fe #Pedro #Juan

Introducción

Aquél que se recostó sobre el pecho de Jesús tenía una sensibilidad especial, un sexto sentido; podríamos decir que una intuición de carácter espiritual. ¿Cómo es posible que Juan conociera tan bien a Jesús? ¿Qué estuviera tan estrechamente unido a Él? Sencillamente porque era capaz de contemplarlo y de reconocer en Él al Señor en lo cotidiano, en el día a día, en lo que pasa desapercibido, en lo pequeño. Hemos de dejarnos impregnar por la mirada de Juan, para llegar a reconocer desde él en nuestras vidas a Jesús, el Señor.

A la escucha de la Palabra:

El primer día de la semana, muy temprano, todavía a oscuras, va María Magdalena al sepulcro y observa que la piedra está retirada del sepulcro. Entonces corre adonde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, el predilecto de Jesús, y les dice: —Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto. Salió Pedro con el otro discípulo y se dirigieron al sepulcro. Corrían los dos juntos; pero Juan corría más que Pedro y llegó primero al sepulcro. Inclinandose vio los lienzos en el suelo, pero no entró. Después llegó Simón Pedro, detrás de él y entró en el sepulcro. Observó los lienzos en el suelo y el sudario que le había envuelto la cabeza no en el suelo con los lienzos, sino enrollado en lugar aparte. Entonces entró Juan, que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Hasta entonces no habían entendido las Escrituras, que había de resucitar de la muerte. Los discípulos se volvieron a casa.



Jn 20, 1-10

Canción: *Un poco de Fe (Ixcis)*



Compartimos nuestra oración

Rezamos juntos

Como busca la cierva corrientes de agua,
así mi alma te busca a ti, Dios mío;

tiene sed de Dios, del Dios vivo:
¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?

Las lágrimas son mi pan noche y día,
mientras todo el día me repiten: «¿Dónde está tu Dios?»

Recuerdo otros tiempos, y desahogo mi alma conmigo:
cómo marchaba a la cabeza del grupo,
hacia la casa de Dios,
entre cantos de júbilo y alabanza,
en el bullicio de la fiesta.

¿Por qué te acongojas, alma mía,
por qué te me turbas?
Espera en Dios, que volverás a alabarlo:
«Salud de mi rostro, Dios mío».

Cuando mi alma se acongoja, te recuerdo
desde el Jordán y el Hermón y el Monte Menor.

Una sima grita a otra sima con voz de cascadas:
tus torrentes y tus olas me han arrollado.

De día el Señor, me hará misericordia,
de noche cantaré la alabanza del Dios de mi vida.

Diré a Dios: «Roca mía, ¿por qué me olvidas?
¿Por qué voy andando, sombrío,
hostigado por mi enemigo?»

Se me rompen los huesos,
por las burlas del adversario;
todo el día me preguntan: «¿Dónde está tu Dios?»

¿Por qué te acongojas, alma mía,
por qué te me turbas?
Espera en Dios, que volverás a alabarlo:
«Salud de mi rostro, Dios mío».

Terminamos recogiendo la oración en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.